Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

UN ANTIDOTO QUE NO LO ES

Aniceto Aramoni

El problema de diferenciar lo masculino de lo femenino se hace cada vez más difícil por numerosas razones, no es la menos importante aquella relacionada con la moda del vestir, con la posibilidad casi ilimitada de trabajar en todo lo que antes era habitual que desempeñaran los hombres dentro de una cultura patriarcal.

El corte y el tamaño del cabello, las actitudes, la disminución de la gazmoñería, la liberación dentro del terreno de la sexualidad, el lenguaje, el abuso en la imitación del hombre por parte de la mujer, tratando de igualarse en todos los aspectos, lo que podrá considerarse como una ganancia y como un retroceso grave, según se vea la cuestión.

No parece extraño encontrar aceptación de hombres liberales y por supuesto de mujeres de la misma estructura, de lo que podría llamarse igualdad de los sexos. Pero esta igualdad llevada a situaciones extremas no deja de ser contraproducente. Lo es hasta el grado de hacer perder el respeto del hombre hacia la mujer, el interés de aquél por ésta, disminuir algunas de las formas de tratamiento entre ambos, la cortesía, la delicadeza en las maneras, la galantería, el coqueteo, la seducción; para convertir la relación en algo mecánico, rudo, grosero y áspero, aunque práctico.

Las cosas han llegado a tal grado que algunas mujeres que no han conocido otro sistema de trato entre ambos, no encuentran punto de comparación y les resulta imposible imaginar una situación distinta. Otras se asombran cuando los hechos ocurren de modo diferente, ya lo habían olvidado, lo añoraban en alguna medida y les agrada el cambio, cuando ocurre. Se habría perdido de alguna manera lo que se ha conocido como feminidad y al igual masculinidad; ambos sectores se verían como modificados. Al desaparecer esas características por razones de atuendo y de comportamiento, no quiere decir que no se conserven algunos rasgos, tal vez los fundamentales, que identifican al hombre y a la mujer: los llamados caracteres sexuales primarios no sufrirían cambio, los secundarios permanecerían aunque habría las posibilidades de ocultamiento en virtud de la modificación importante de los caracteres sexuales que he llamado terciarios: ropa, corte de pelo, empleo de afeites, calzado; difuminación de los llamados secundarios por razones de vestido: los hombros anchos en el hombre, las caderas

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.

anchas en la mujer, el largo del cabello, los colores de las telas, los cortes del traje y algunas otras cosas más.

Al exhibir el sexo y al permitirlo de modo abierto y franco, expuesto, las mujeres habrán ganado, también los hombres en alguna medida; pero las consecuencias en lo que respecta a interés, a incitación, a intensidad, a privacía y a entrega afectiva, emocional, amorosa, se habrá perdido para llegar al sexo técnico, erudito, impecable y frío, deshumanizado y hasta enajenado, lejano, sin entrega profunda.

No es tan claro ni tan simple como aquí se dice, sin duda; pero resulta cierto en alguna medida y también razón de cambio y de alteración del equilibrio masculino-femenino. En cierta forma es como el desarreglo en la ecología, en el equilibrio dentro de la naturaleza; siempre se pagan caro esos excesos y el irrespeto por leyes que están más allá de los aspectos culturales, que arraigan en la vida misma.

Lo extraño de nuestra época es una paradoja: por una parte se cree y se regresa a la magia, al temor por lo desconocido, reviviendo también la astrología, y muchos otros aspectos de lo que podría llamarse para-científico; por otra parte, se desprecia aquello que causó tanto respeto y hasta reverencia a nuestros antepasados primitivos: el hecho desconocido, inexplicable, la fuerza de la naturaleza expresada en diferentes senderos, el rayo, la tormenta, el huracán, la marejada, el temblor, las plagas y muchos otros fenómenos más.

Quiere decir que contravenir ciertas leyes de la naturaleza, meterse con lo imprevisible, con lo que mereció reverencia y temor en otras épocas, ya no produce el efecto que debiera y que en gran medida resultaba sano, al conservar, al evitar destruir, al considerar al hombre dentro de un mundo, de un cerco, de una esfera que lo contenía y que estaba en relación directa con él, que era parte de un todopoderoso, protector y disgustante, castigador, amoroso, todo al mismo tiempo; pero una parte de él, más amplia y sin fin.

Apliquemos todo lo dicho al asunto relacionado con las características y con el mundo femenino y masculino, con la trascendencia y la proyección hacia un futuro desconocido y no previsible por completo. El ser humano actual se está metiendo con algo que no conoce de modo suficiente, altera un equilibrio, dijimos antes; cambia, y no para bien, lo que es esencial para la procreación y para la conservación de la especie. Deteriora diferencias que pueden ser fundamentales, lateraliza experiencia visible, comprobable de especies animales —que por otras razones con bases similares— desaparecerán o ya han desaparecido a pesar de lo que se hizo o de lo que trate de hacerse en el futuro, de modo fatal e irremisible.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

Las condiciones han sido y son diversas: asesinato en masa, alteración de los ritmos, destrucción del medio ecológico, y en fin, muchas otras razones más.

¿Quién puede asegurarnos que las transformaciones que se están verificando en el status entre hombre y mujer, no conducirán a un gran desastre humano? ¿Qué la lucha absurda e indiscriminada entre ambos sexos no abrirá una brecha insalvable? Debe entenderse de modo claro que no se trata de mostrar aquí que la liberación o lo llamado así, de la mujer, no es apropiado y resulta algo loco o fuera de lugar. No, no se pretende tal cosa. Lo que se critica es el abandono de la feminidad para convertirse en algo igual al hombre, la transformación de todo aquello que es fundamental en su estructura y que podrá perderse si se persiste en esa forma de conducir la liberación. *Esto es, la liberación no debe ni puede ser sexual, sino cultural, social, económica; nada tiene que ver lo sexual con todo eso.* Ella precisa de libertad, de mejores oportunidades, de cambiar lo social; todo lo que puede conseguirse y que debe hacerse sin convertirse en hombre, sin pretender ser igual a ellos. Lo que podría considerarse como una actitud esquizofrénica, con pretensiones de despersonalización, con disociación ideoafectiva, con actitudes delirantes.

Mientras luchan entre sí mujer y hombre pierden de vista al otro grupo que permanecía en la sombra hasta hace algunos años, que ahora ha tomado por su cuenta una actitud más agresiva, la de un "tercer mundo sexual".

Los guerreros luchan uno contra otro en bandos distintos; los observadores que permanecían lateralizados, son ahora los que están dirigiendo el curso de la pelea: ellos se han metido con lo básico, con la poca importancia que tiene la diferenciación; mejor, han luchado ahora por la homogenización; haciendo sentir que deben igualarse, no distinguirse, desinteresarse en la lucha y en el sexo, borrando diferencias; de ese modo, ellos, los que aparecen como difuminados son los que ganan, los que obtienen el beneficio.

No hay diferencias en el vestir, no es tan importante la diferenciación sexual, pueden hacer lo mismo o no hacerlo; da lo mismo acostarse con uno o con otra, con otra o con uno; se diluye el matiz, hasta hacerse el cambio insensible aunque radical. No puede ni debe convencerse nadie de que da lo mismo ser un hombre que una mujer, estar con uno o con otra; porque entre otras cosas se toca la raíz misma del orden de la naturaleza, de la procreación, de permanecer dentro de la vida misma y de hacer permanecer la vida sin hipérbole.

Los del "tercer mundo sexual" son los que marcan la moda y las

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.

pautas, los patrones y lo referente a la relación entre un sexo y otro, neutralizando las variantes. Ellos serán quienes ganen y obtengan el beneficio, mientras los que han luchado tradicionalmente entre ellos, resultarán perdedores.

La naturaleza marcó diferencias y estas persisten de modo fatal si no ocurre enfermedad o alteración patológica, o bien, artificial por la influencia del hombre. No deben ni tienen porqué desaparecer esos matices y esas diferencias. Sería preciso encontrar razones y justificaciones que llevaran la misma fuerza de las otras que las crearon y las hicieron perdurar; de ninguna manera podrían ser de tipo trivial, ligero, de tipo lúdico, o bien por perversión, o de tipo utilitario reducido a una pequeña élite o sector, no representativo de lo mejor o de un paso avanzado dentro de la evolución humana.

En el medio mexicano las cosas transcurren como en cualquier otra parte, en la medida que se trata de adquisiciones modernas, por decirlo así. Las mujeres de este país actúan en el sentido de la liberación femenina, más o menos como lo harían las de Europa, o de los Estados Unidos de N. A. en la actualidad. No podría hallarse diferencia en lo que toca a este aspecto. Donde sí podría hallarse variantes sería en la actitud de los hombres, sobre todo en la de los que pertenecen a una generación anterior, entre los que predominó de algún modo el machismo o la actitud que podría calificarse de machista.

En los sitios en que los hombres son sólo eso: hombres, y mantienen una condición similar a las mujeres, a quienes ayudan, con las que funcionan como camaradas, reconociéndoles méritos humanos importantes, se aceptará que la lucha entre ambos sectores no será cruenta ni destructiva. Pero, donde los hombres no sólo son eso, sino que tienen a mucho honor ser "hombrísimos"; y la gramática no queda en el sustantivo o en el adjetivo porque debe llegar al aumentativo y a lo que equivocadamente puede considerarse como óptimo; en ese lugar las cosas irán diferentes y la lucha podrá ser cruel y sin cuartel, equivocada y tal vez fuera de lugar.

Pero la consecuencia es clara también: el machismo va en derrota y en retirada, cuando menos en la generación actual, la de jóvenes que conviven entre sí, que oyen música, van al cine a ver películas de vanguardia, que disienten, que intiman, que se acostumbran a una moda en la que se muestran partes del cuerpo que no estaba permitido exhibir antes. Jóvenes que se juntan físicamente, que se besan entre sí con naturalidad, en grupo compacto y numeroso.

Ha disminuído con toda probabilidad el machismo aunque no se pueda recurrir a estadísticas; pero la imagen es clara: la agresión

por motivos derivados de una mujer no son tan frecuentes, la conquista no es tan ligada a la seducción vergonzante, sórdida. El amor se puede practicar de forma abierta, y quienes se relacionan lo hacen con entero conocimiento de causa, no cabe la sorpresa y mucho menos el engaño. Hay preparación suficiente lo mismo entre los hombres que entre las mujeres, ha disminuído también la gazmoñería.

En ciertos medios resultaría ridículo, extraño, pretender afirmar la superioridad de alguno de los bandos; los datos objetivos no lo permitirían: la vestimenta unisex, el corte y el largo del cabello, fumar, beber, hablar, el empleo de lenguaje áspero y hasta procaz, contar cuentos groseros, el acceso al deporte, a ciertos trabajos, a las profesiones, la actitud frente al sexo, la disminución de la importancia de la virginidad, la anticoncepción, el aborto, el divorcio, la religión. Es algo que iría en contra de quien pretendiera establecer esos distingos; de ahí que el machismo vaya en retirada, al igual que las carreteras ahuyentan ciertas lacras en los pequeños poblados, sólo por llegar, sin otra razón.

Hay una especie de *liaison* entre machismo, feminismo y caballería. Se trata de una interrelación importante a la vez que curiosa y paradójica. Puede verse como de carácter proporcional positivo o bien de carácter proporcional negativo.

La feminidad tradicional está ligada con carácter proporcional al machismo y a la caballería. El feminismo está ligado con carácter proporcional directo al hecho de disminuirse el machismo y la caballería.

Los tres rasgos se interrelacionan en forma imbricada y con gran dependencia de uno a otro. Lo que en un mundo de machos debe ser la mujer, lo llena ésta convirtiéndose en una hembra pasiva, frágil, tímida, dependiente, limitada, frígida, supeditada y subalterna. Cuando la mujer inicia la batalla por el feminismo o de modo sufragista, el hombre se adaptará probablemente y de hecho que se ha adaptado ya en algunas culturas al tipo que se necesita para que funcione: será un individuo frágil, dependiente, medroso, pasivo, impotente, subalterno.

La caballería, lo caballeroso, todo lo relativo a esta forma de ser, que nace de la caballería medieval, que posee un código de honor, de represión, de dominio, de cierta dignidad, de predominio del mundo masculino sobre el femenino, que pone énfasis en la virginidad, en la lealtad y fidelidad sexual de la mujer, y en la deslealtad e infidelidad casi absoluta del hombre, que deposita en la virginidad de la hija la dignidad y el honor del padre, y en el periné de la mujer la dignidad y el honor del esposo; que hace al hombre el salvador económico de

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.
FROMM-Online

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.

la mujer, el protector físico de ella contra los asaltos de bandidos y de enemigos, inventando por así decirlo la fragilidad y la incapacidad de la mujer (lo que en realidad sucede por deformación cultural, por impedimento de desarrollo y por falta de igualdad social y de libertad) como si necesitara de encontrar algo romántico, dramático, teatral para llenar un oficio y encontrar una ocupación, que él mismo acaba por creer como justa, como verdadera, indispensable y hasta ordenada por Dios. Es preciso recordar que esta relación tiene algo muy importante en el meollo de su dinamismo: la idea de la propiedad. Una mujer es propiedad del hombre y al igual este mismo hombre puede y quiere apoderarse de las propiedades de los otros defendiendo enérgicamente la suya. Lleva otro matiz significativo: el prestigio que lo acompaña cuando tiene abundancia de ese tipo de propiedad; finalmente uno más: la correlación entre el poder, el dinero, el prestigio y la propiedad de cosas y de mujeres.

Esta caballería medieval llega a México en el siglo XVI, cuando ya está convertida en ejército y en conquistadora de otro país. Se deteriora de modo discreto en el curso de los años, se convierte en charrería práctica, que sirve como elemento importante durante la liberación mexicana del dominio de España durante el siglo XIX. Vuelve a ser guerrera durante algún tiempo aunque ya se haya derivado en forma parcial hacia la charrería práctica, de transporte, de cuidado del ganado vacuno, de las grandes haciendas feudales, réplicas de los castillos medievales con sus cascos de hacienda como equivalentes, dentro de ellos (castillos y cascos) se posee a Dios y a la religión, construyendo capillas y templos propiedad del castellano.

Son haciendas y cascos, los que permiten de algún modo que la caballería medieval se conserve con el aspecto más o menos tradicional, pero influído por el trasplante cultural que era inevitable, que matiza con lo mexicano la caballería española, transformando al caballero en charro de sombrero galoneado, chaparreras o pantalón de lujo, casaca bordada, espuelas, y todo lo que es necesario sin olvidar la pistola, el lazo y el machete, remanente del sable o espada correspondiente. Ese charro-caballero resulta un instrumento de lujo, de diversión, de exhibición, de paseo, al igual que recipiente que conserva la tradición de la caballería, aunque ya no pura, sino impregnada del mexicanismo consiguiente, que incluye la actitud hacia la mujer, el honor, la sensación de ser representantes de la hombría y algunos aspectos más, a los que ya me he referido antes.

El charro y el macho se identifican, hasta convertirse el charro en el símbolo del macho mexicano; se identifican también los criterios respecto de la mujer hasta hacerse uno solo. Charro-macho frente a la feminidad y ahora tal vez ante el feminismo, influyéndose, como dije arriba, de modo proporcional inverso o directo: a mayor machismo más feminidad convencional y menos feminismo, a mayor feminismo menos feminidad tradicional y menos machismo.

La liberación de la mujer mexicana es un poco anacrónica si la relacionamos con las mujeres de Europa o de Norteamérica. Ellas evolucionaron al igual que sus sociedades: medievo, renacimiento, revolución industrial, modernismo actual. La mujer de México debe hacer un cambio de algunos aspectos medievales a la época moderna, esto hace que los cambios puedan ser vistos como extremos y hasta temibles y causantes de muchas dudas y preocupaciones. Es natural que así sea, debe la mujer de estas latitudes cambiar de modo radical, en corto tiempo, lo que en otras partes se verificó en centurias; eso mismo podría hacerlo violento, difícil y complicado, causante de desarreglos y desajustes dentro del universo y de la cosmovisión masculina y también dentro de la propia cosmovisión femenina.

Esta revolución, como cualquier otra de ellas, debe voltear las cosas por completo, lo que precisa que haya donde apoyarse, algo que permita el cambio sin las consecuencias negativas que podrían provocar reacciones en cadena, de resultados negativos y hasta de retroceso o de consecuencias destructivas. Estos datos sugieren la conveniencia de que estos cambios sean paulatinos, mesurados y dando el tiempo necesario para que pueda lograrse el tránsito de una sociedad medieval a una moderna, de una economía medieval a una de capitalismo monopolista transnacional, de una actitud psicológica de sierva y de instrumento de uso, reificada, y al igual convertida en una especie de alucinación romántica, a la mujer del siglo XX, recia, independiente, libre, sin inhibiciones, autosuficiente. De encerrada en un castillo, virgen, monoándrica, dependiente, religiosa, segundona, improductiva económica, una especie de vellocino del hombre, desinteresada en el sexo, clorótica, aceptativa y portadora de cinturón de castidad y pasiva; a una especie de amazona actual: segura, áspera, autosuficiente, poliándrica o promiscua, irreligiosa, deportista, desinhibida, productiva económica, sexy, agresiva y violentamente rechazante de todo signo de ser mandada, dominada y poseída.

CONCLUSION

No parece extraño que se acepte que la relación hombre-mujer es una de guerra caliente o fría, ya que estamos acostumbrados a con-

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.
FROMM-Online

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.

siderar la existencia como algo por lo que hay que luchar en forma desesperada y con el temor de ser destruido. ¿Es una realidad esa manera de concebir la vida? ¿Es producto de una forma peculiar aprendida y socialmente alimentada? ¿Tiene que ver con una concepción utilitaria? ¿De manipulación? ¿De racionalización? ¿Oportunista? ¿Depende de la clase gobernante? ¿De la Iglesia y de la religión? ¿De los medios de difusión y de comunicación?

Como quiera que sea, se cree y se toma como algo establecido y que penetra la estructura del pensamiento y de la acción del individuo actual, de ahí que ante situaciones concretas como las de relación hombre-mujer, masculino y femenino, en cuanto a sexualidad, se adopte el criterio de que por necesidad estamos ante una situación de lucha y en la que alguien saldrá vencedor y alguien saldrá derrotado sin duda. Esto es, que los intereses son opuestos, que son enemigos, que no hay arreglo posible, que es preciso emplear todos los medios de lucha, destrucción, dominio y finalmente tratar de derrotar y de vencer.

¿Es verdad esa concepción del problema? ¿La solución deberá ser la de lucha y la de guerra? ¿No es una manera inadecuada de percibir la relación? ¿Hay o no hay algo de mal planteado en la raíz misma de todo este enredo? ¿Valdría o no valdría la pena de enfrentar esa interrelación de una forma distinta, racional y carente de prejuicios?

Si fuera cierto que hubo guerra o dominio alguna vez, ¿la forma de arreglar esto es luchando o ganando una victoria que puede ser y que quizá habrá sido Pírrica? ¿Conviene olvidar y vivir el presente o debiera tratar de conservarse todo el pasado con sus errores y sus nefastos resultados? Quiere decir que si en épocas pasadas se utilizó el sistema de pelear, de enfrentarse y de tomar ventaja, sería preciso continuar por ese camino, o bien, que habría que cambiar el derrotero y no repetir errores de tipo pendular: los hombres mandaron alguna vez, o cuando menos lo creyeron así, de modo que ahora las mujeres deben mandar sin excusa y voltear las cosas al revés, y hacerlos pasar ahora por las Horcas Caudinas a "ellos" los que detentaron el poder durante las últimas centurias. Esto es, que si el antídoto de ese dominio es el dominio de la mujer, o si el antídoto de ese emponzoñamiento es que nadie domine, que hay que entenderse y hallar el arreglo que acabe con aquellas condiciones que hicieron necesaria la pelea, y que se resuelva esto de modo radical sin que se deje ahí una bomba de tiempo, el elemento que volverá a envenenar las relaciones humanas y que hará permanecer un instrumento de pelea y de odio y destrucción; o sea, evitar un arreglo aleatorio y calmante que no terminará con la raíz misma de esa enfermedad humana. En suma, evitar la transitoriedad y lo cataplásmico de una solución de compromiso, que lleva el propio detonante dentro.

El tiempo y la evolución de los aspectos sociales, económico-políticos, médicos, ecológicos, de educación, hacen pensar en posibilidades realistas y prácticas.

No hay que destruir al enemigo, tampoco resulta posible si se exceptúa la acción casi intolerable de terminar con todos, con el sitio en que viven y con la opción de reproducirse, de nutrirse y con los medios naturales dentro de los que viven. Así no se han podido destruir a los franceses después de la guerra de 1870, a los alemanes después de la de 1914, tampoco a los japoneses después de la del 41. También es cierto que los que guerrean entre sí no son necesariamente enemigos personales o individuales por decirlo de algún modo, más bien debería decirse que lo son circunstanciales y accidentales, por razones no intrínsecas a ellos mismos, y ocasionalmente hasta por razones ridículas y cómicas. De modo que las consecuencias de esas mismas guerras afectan a los hombres y los hacen morir o esclavizarse cuando las causas-etiología fueron alimentos, química, predominio comercial, asuntos religiosos y hasta tonterías descomunales.

Si una guerra conduce más o menos fatal y tardíamente a otras similares o distintas pero escalonadas en el curso de la historia, se podría afirmar que valdría la pena de que la última pasada fuera la final y no permitir una más, mucho menos hacerse solidario de condiciones que pudieran alimentarla y que la organizaran al tiempo que se gana la presente. Cada una lleva dentro de sí el germen de la otra.

Si trasladamos estas consideraciones a la relación hombre-mujer en el curso de la historia pasada, deberíamos aceptar lo prudente de evitar la confrontación armada si eso fuera posible, y si no lo fuera evitar la derrota y la estrangulación del "vencido", lo que de algún modo sería similar a que una culebra de dos cabezas entablara una lucha de una contra la otra, que al tragarla con objeto de asfixiarla o al morderla e inyectarle el veneno para matarla, no estaría haciendo otra cosa que suicidarse sin tomar conciencia del hecho y en virtud de una falta de percepción global de quien es y lo que significa cada una de esas cabezas en función de un solo cuerpo.

Al pretender luchar las mujeres contra los hombres en la época actual se puede esgrimir razones lejanas de abuso y de dominio y de diferentes índoles más, que son ciertas en gran medida. Al decidir que para terminar con esa guerra y dominio es preciso eliminar la femineidad: "lesbianismo como solución para el fenimismo", se está funcionando como la culebra de dos cabezas a que hice referencia antes, esto

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.
FROMM-Online

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.

es, una forma de suicidio con tal de agredir al otro, en que lo que importa es algo trivial, hacerle sentir la mordida y la asfixia al "enemigo" sin contar con los resultados últimos autodestructivos. Tanto como suicidarse para que el otro sufra, lo que lleva implícito, irrealidad, cólera, narcisismo paradójico casi igual a masoquismo, enajenación del yo mismo, una actitud fanática y rígida, revanchista, definitivamente irracional.

La alopatía no es la única solución en medicina, de ahí que lo mejor de ella se haya logrado a través de la homeopatía a pesar de no ser los homéopatas los que lo hayan obtenido: la vacunación y mucha de la medicina preventiva. Si se acepta esta premisa podría ser válida también para lo relacionado con masculinidad y feminidad: la antimasculinidad no es la solución para la masculinidad al igual que la antifeminidad no es la solución para la feminidad. Tampoco lo sería una tercera posibilidad que incluya lesbianismo y homosexualismo, solución un tanto desesperada y tal vez impaciente producto de la cólera o de la utilidad para grupos distintos. Quizá la solución vaya por el camino de la síntesis y de la unión, de la terminación de la polaridad agresiva para aceptarla como necesaria y dinámica. En una palabra, aceptar la lucha como ocurre en el reino animal: simbólica, limitada, lúdica, pero no destructiva ni total. Un ejercicio que le da sabor a la vida y que no busca una meta pero que su razón de ser está en el mismo camino, en la polaridad, en la dialéctica y en convertirla en lo que es pero que fue distorsionada: en un proceso individual, de uno con una y de una con uno, que tiene sabor único, irrepetible, condición para lograr la integración sexual y amorosa, inevitable pero esperada y de la que hay que obtener el jugo, placer y realización posibles.

Un juego hermoso del que brotará vida y alegría, espontáneo si no se hace intervenir aspectos artificiales extraños. "Desafío" y "conquista" podrán ser comprendidos sin rencor, sin mala voluntad, sin deformación, como lucha por la vida, no como lucha por la muerte.

Me parece, para terminar, que se puede estar de acuerdo con que "hombre" es bastante, no hace falta ser "más hombre" y tampoco "hombrísimo" y su sinónimo machísimo o finalmente homosexual. Al igual basta con ser "mujer", esto es, femenina, no hace falta ser más mujer y tampoco mujerísima y su sinónimo hembrísima o finalmente lesbiana. Hombre y mujer son sustantivos suficientes. En cuanto se llega al comparativo o se pretende el aumentativo se corrompe el significado para expresar otra connotación y hasta su contraria. Quiere decir que la solución para el machismo sería el feminismo (hembrismo), pero la solución para la hombría es la feminidad. No tiene sentido alguno destruir aquello que se sabe que es necesario y hasta indispensable. Una mujer no debe luchar para destruir al hombre sino para unirse con él y viceversa, lo que convierte la lucha en algo diferente: no *contra* él o ella sino *con*, lo que implica lograr algo diferente también de la destrucción de uno y otra. [1]

[1] Ver "Una solución a la Mexicana", mi artículo sobre el Machismo en LA GUERRA DE LOS SEXOS. Edit. SAMO, S. A. 2a. Edic. 1971. Méx. También mi libro: PSICOANALISIS DE LA DINAMICA DE UN PUEBLO (México, Tierra de Hombres). 2a. Ed. Costa-Amic 1965. Méx.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

Aramoni, A., 1975: Un Antídoto que no lo es, in: Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, México (No. 9, 1975), pp. 15-25.